

COMENTARIOS

sobre frases de **EL QUIJOTE** que tienen relación
con la educación é instrucción públicas

TEMA QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO

DONADO POR EL

Excmo. Sr. D. Carlos González Rotwos

EN EL

CERTAMEN NACIONAL

CELEBRADO POR LA

Asociación provincial de Maestros públicos de Barcelona

para solemnizar el

III centenario de la obra inmortal de Cervantes.

OBRA ESCRITA POR

D. ANTONIO CREMADES Y BERNAL.

MAESTRO DE UNA ESCUELA PÚBLICA DE REQUENA

precedida de un prólogo del

R. P. FERNANDO GARRIGÓS, S. C. P.

y acompañada del retrato del Autor.



VALENCIA 1906

IMP. DOMÉNECH Y TABONCHER

D. Juan de Austria. 9



COMENTARIOS

*sobre frases de EL QUIJOTE que tienen relación con
la educación é instrucción públicas*









D. Antonio Cremades y Bernal

Director de Escuela pública

COMENTARIOS

sobre frases de **EL QUIJOTE** que tienen relación
con la educación é instrucción públicas

TEMA QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO

DONADO POR EL

Excmo. Sr. D. Carlos González Rotwos

EN EL

CERTAMEN NACIONAL

CELEBRADO POR LA

Asociación provincial de Maestros públicos de Barcelona

para solemnizar el
III centenario de la obra inmortal de Cervantes.

OBRA ESCRITA POR

D. ANTONIO CREMADES Y BERNAL

MAESTRO DE UNA ESCUELA PÚBLICA DE REQUENA

precedida de un prólogo del

R. P. FERNANDO GARRIGÓS, SCH. P.

y acompañada del retrato del Autor



VALENCIA—1906

IMP. DOMÉNECH Y TARONCHER

D. Juan de Austria, 9





Al muy ilustrado

y dignísimo miembro del Magisterio público
de Barcelona

el Sr. D. Salvio Felú Darnaculleta

en testimonio de afecto y compañerismo

El Autor.



AL PÚBLICO

No creemos que «El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha» sea una enciclopedia completa de todos los humanos conocimientos, como no podemos afirmar la omnisciencia de su autor. Pase que el hombre de religión paladee aquel ambiente de fe cristiana que campea en cada una de sus páginas; conforme con que el estadista aprenda el modo de armonizar los derechos de la justicia con los fueros de la misericordia en la gobernación de los pueblos; bien visto que el médico saque fruto de aquella extravagante vesania, no mayor ni menor en el caballero que en el escudero; solácese el alma española con las remembranzas del carácter y genio que ofrecía en las edades *historiadas* y consagremos todos nuestros desvelos á conservar con suma diligencia ese archivo de la lengua castellana, ese tesoro de la herencia paterna, ese libro que á todos nos ha hecho reir en las amarguras y llorar en las fugaces horas del placer. El libro principal de Cervantes es la primera novela del mundo y, en nuestro sentir, cobra con ello más gloria, que cuanta, por cualquier otro concepto, se le puede adjudicar.

Esto sentimos de la más legítima gloria nacional que nos resta del rutilante cielo que alumbró las páginas de la historia patria, y á robustecer nuestro juicio vino el aluvión de glosas y comentarios que recientemente inundó los campos de la literatura española, algunos de los cuales seguramente darían mucho que reir al mismo autor de la sin par obra literaria.

Confesamos, empero, que para los estudiosos y reflexivos, para los que, cual industriosas abejas, saben correr el florido vergel libando las fragantes ambrosías de los diversos nectarios, encuéntranse en «El Quijote» máximas sabias, discretísimos conceptos y juicios sagacísimos, sobre diferentes materias; porque si la asendereada vida no permitió al Manco de Lepanto ser enciclopedista, sus largos trabajos y rudas penalidades proporcionáronle un caudal grande de bien

aprovechadas enseñanzas, descuidadamente prodigadas en la vida del famosísimo Manchego.

No nos extraña, pues, que D. Antonio Cremades y Bernal, hombre de una sola pieza y maestro versadísimo en los estudios profesionales, haya escrito las páginas, que tan incorrectamente, á sus instancias, encabezamos, donde, á pie de algunos pensamientos de «El Quijote», desarrolla un curso entero de pedagogía, con todo rigor lógico, con la pureza de estilo que le es familiar y la sencillez de quien está habituado á la labor educativa.

Después de entonar en la *Introducción* un himno entusiasta al «príncipe de los ingenios», por haber penetrado en el alma española y robádola para la admiración de su obra predilecta, expone en el Cap. I la necesidad de señalar un fin y término á la obra de la educación, para que no resulte que maestro y discípulo marchen á la ventura cabalgando á lomos del capricho y curiosidad infantiles. Nada más justo que exigir obren cuerda y razonablemente los que de común acuerdo trabajan en la obra de más razón y cordura que concebirse cabe.

En el Cap. II habla nuestro autor de la *educación física* glosando un gracioso consejo del caballero famoso sobre la conveniencia de adecentarse los niños esmeradamente para no dar cabida al juicio repulsivo que instintivamente formamos de los que no son limpios. Es mucha verdad que no basta el aseo personal para conseguir una acabada educación de la parte física del niño; que se le debe aleccionar en el uso del comer y del beber, recomendar la moderación de los ejercicios violentos, instruir en las influencias de los agentes naturales y otros conocimientos análogos, para lo cual sobraranle materiales en la obra madre; pero conven-gamos en que no es desconocimiento de la materia, sino exigencias de la premura del tiempo.

En cambio, merecen escribirse con oro los párrafos que dedica á la *educación intelectual*, que es el objeto del capítulo III. Cuando exige del maestro que forme primariamente el criterio de los educandos para que en sus actos de hoy y de mañana se rijan por su propio juicio, debidamente ilustrado, sin dar al criterio ajeno, siquier sea pomposamente expresado en tipos de imprenta, más valor del escasísimo que se merece, y cuando aconseja que en el uso de la imaginación no se dejen arrebatar los niños hasta el extremo de tocar, como D. Quijote, los términos de la locura exaltada,

el señor Cremades y Bernal juzga muy atinadamente de las funciones del educador en orden al entendimiento de sus discípulos.

Y nos place más todavía el Cap. IV, que se ocupa de la *educación moral*. Más que de ilustrar la inteligencia, alhajándola ricamente con los tesoros del saber, deberá el maestro preocuparse de robustecer la voluntad de los niños, que es la potencia propulsora de las acciones y la facultad donde radica la responsabilidad humana. Hay que formar espíritus vigorosos y caracteres robustos para que no se dejen bambolear fácilmente por los vientos de la garrulería ó las violencias de la pasión. Bien que poco han de valer los esfuerzos del maestro si no le amparan los ejemplos y enseñanzas del hogar doméstico y han de ir los niños y jovenzuelos en busca del *pan de trastrigo*, que dice donosamente la discreta sobrina.

La *educación social* constituye la materia del Cap. V del presente folleto. No podía descuidarla quien tan cumplidamente abarca los tratados de un curso completo de educación verdaderamente integral, sobre todo teniendo por modelo al *espejo de la andante caballería*, cortés hasta la exageración, comedido en acciones y palabras y tan respetuosamente atento con las personas de la alta sociedad que topa, como caballeroso y delicado, con las de categoría inferior. Fuera yerro imperdonable reducir la educación social á media docena de frases sobadas y otro tanto de estudiadas actitudes; el distinguido autor de los presentes COMENTARIOS no ha podido incurrir en tan superficial torpeza.

El tan repetidamente laureado maestro de una escuela pública de Requena, á fuer de católico convencido, no pone fin á su labor sin añadir al presente un Cap. VI para la *educación religiosa*. Confesemos, aunque nos duela, que no corren vientos de bonanza para la pedagogía católica. Ni teórica ni prácticamente se da á la religión y la piedad la importancia y el lugar que en la profesión educativa le pertenecen de derecho. Se pretende con desesperada insistencia descatolizar la escuela, y cuando se habla de integralismo en la enseñanza, procúrase el armónico desarrollo de todas las facultades del alma, con voluntaria preterición y olvido de la inclinación religiosa, la cual inclinación, si no es facultad distinta y separada, es indudablemente un instinto del espíritu del hombre.

Tal vez algunos acomodaticios leyendo las siguientes

páginas, y muchas otras ya publicadas, ó viendo al joven maestro requenense subir con desembarazo las gradas de los estrados para recoger á manos llenas los premios que á granel en distintos certámenes y concursos, tiene ganados, le aplaudieran más sinceramente si fuera menos claro y explícito en la exposición de sus convicciones religiosas, porque nunca se admira con tanto agrado el sol que luce en hemisferio que no es el propio; pero al señor Cremades y Bernal le sobra con el aplauso de su conciencia y se goza midiéndose desde su pedestal de fe católica con los que, más ó menos resabiados del hoy boyante racionalismo pedagógico, aspiran rabiosamente á la palma de la victoria.

Por esto nuestro ilustre amigo ni se esconde ni aguanta en silencio el peso de sus creencias religiosas. Distingue cuidadosamente los conceptos de instrucción y educación, haciendo de ésta y no de la primera la finalidad de la función docente. Asienta como principio de toda sabiduría el santo temor de Dios; afirma que el fin de la educación no es hacer hombres para la tierra, sino santos para el cielo; señala la verdad de Dios por faro de la inteligencia y anhelo de la educación intelectual y no quiere dar á la voluntad humana otro cimiento que la bondad moral ni otro ejercicio que la virtud cristiana. Establece el tribunal de la conciencia, en vez de la opinión de los hombres, por juez de las acciones humanas y persuade á los niños de que deben responder de sus actos no solamente á la sociedad, sino á Dios, que es el supremo acreedor. En suma; nuestro buen amigo posee la convicción de sus sentimientos católicos, los insinúa hábilmente en el corazón de sus alumnos y los pregona decididamente en sus escritos.

Un aplauso al hombre honrado, al cumplido caballero, al escritor castizo, al maestro celoso, al director ilustrado y al católico ferviente. Con media docena por distrito de maestros tan llenos de piedad é ilustración como el señor Cremades y Bernal la religiosidad haría edificantes á las masas, y la educación, instrucción y correctas formas las haría amables.

Fernando Garrigós, Sch. P.

Tema 1.º

Comentarios sobre frases de EL QUIJOTE, que tienen relación con la educación é instrucción públicas.

Lema: En las páginas de EL QUIJOTE se encierra una civilización entera.

INTRODUCCIÓN

Entre el diluvio de libros que ha inundado el mundo desde que fuera inventada la imprenta, pocos son los que tienen el privilegio de ser útiles á todas las generaciones, venciendo la acción destructora del tiempo, que así acaba con los monumentos materiales como borra la memoria de los grandes hechos. De igual modo; en medio de las muchedumbres de personas que desde la creación de la primera pareja humana han pasado sobre la tierra, sólo se levantan las gallardas figuras de algunos hombres en cuya frente chispea la llama del genio y que atraen hacia sí las miradas y la voluntad de pueblos y razas, sin que la pálida envidia de unos pocos sea parte á impedir la admiración que á aquéllos se les tributa: *El Quijote* es uno de tales libros y *Cervantes* se llama este genio.

El Quijote, donde se encierra un tesoro de conocimientos variadísimos sobre todos los ramos del humano saber, donde se retrata por entero toda una civilización, y no así como quiera sino una civilización que es unánimemente reconocida y aceptada por los verdaderos sabios como la edad de oro de nuestra

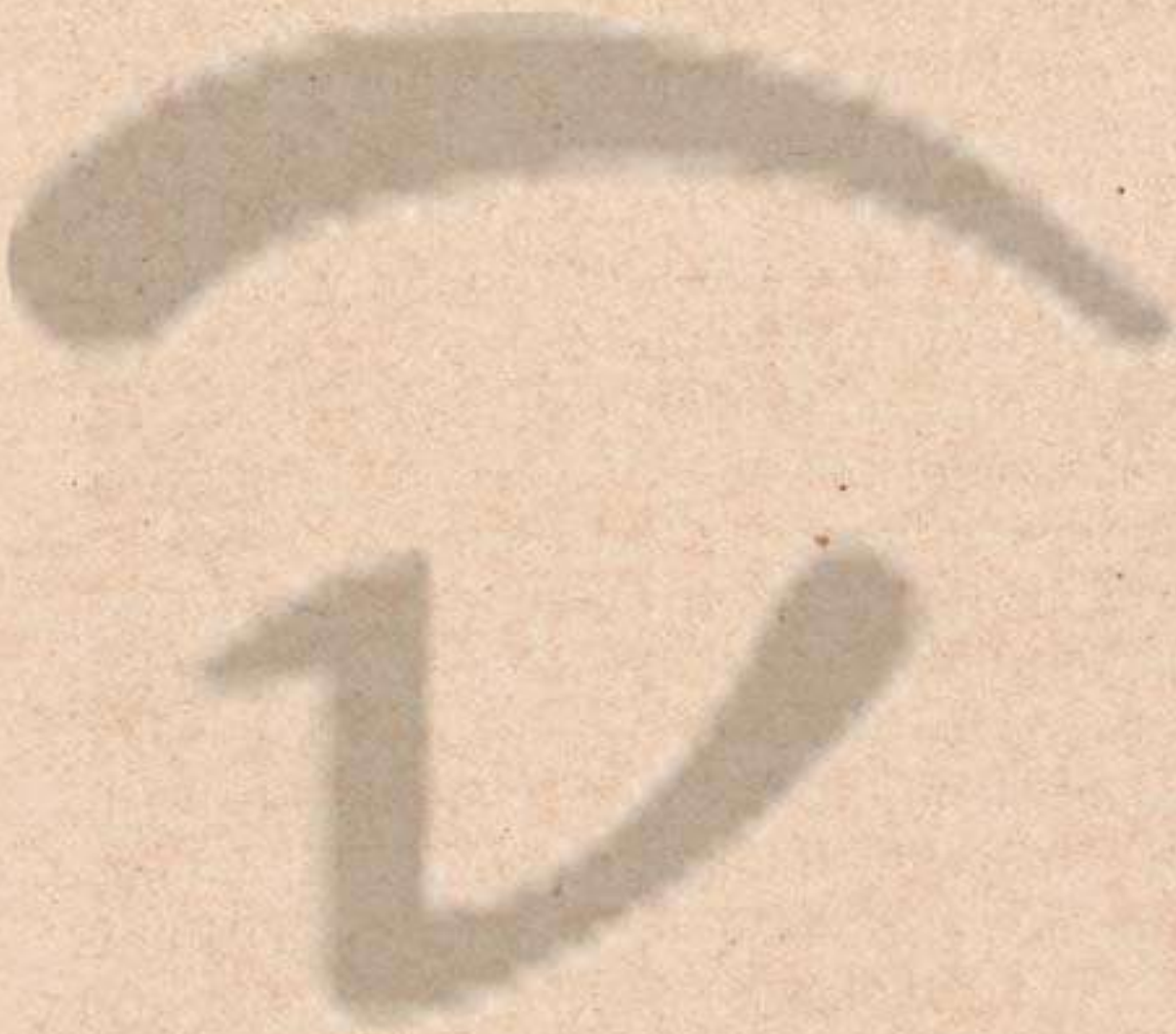
literatura; *El Quijote*, donde las maravillas de la ciencia y las bellezas del arte se suceden sin interrupción, desde la primera hasta la última de sus brillantes páginas. Allí se descubren las fuentes del buen decir, los manantiales purísimos de donde brota en raudales de elocuencia la hermosa habla castellana, el océano donde se encuentran las riquísimas y abundantes perlas de la verdad, encerradas artísticamente en las preciosas conchas del artificio de la novela; allí, como en azogado cristal, pueden mirarse todos los estados sociales, que hallarán razones y consejos, pinturas y retratos pertenecientes á sus respectivos empleo y condición; allí, el hombre bueno, honrado y laborioso, se halla realzado con frases de aliento, y el abandono, los vicios y la ineptitud para el desempeño de funciones sociales, se hallan combatidos con la dureza de expresión que caracteriza á la verdad de lo que se siente, se ama ó aborrece.

Porque el libro de *Cervantes* reflejo es de su genial autor. Son los libros de entretenimiento como hijos de la inteligencia de quien los concibe, y así en ellos se retrata por partes, según corresponde á los diversos personajes y situaciones de la obra, el modo de ser, pensar y sentir del autor, como en los hijos naturales se advierten, si bien se mira, puntos y aun líneas de semejanza con el físico de quien los engendrara. Por aquí el que, cuando un libro es del gusto de quien lo lee, se produce en el lector cierto sentimiento de simpatía hacia el autor que lo compuso, aunque no sea éste tratado ni conocido ni aun visto por quien se le aficionó. Y es que la escritura es lazo de las almas, y á través de aquellos misteriosos renglones se entienden en su lenguaje de mudos afectos el alma que percibe y la del que allí dejara estampados su pensamiento y voluntad, sus sentimientos y pasiones.

Mas cuando este libro y su autor son *El Quijote* y *Cervantes*; aquél, que ha sido en su tiempo el mejor espejo del alma española y, en éstos más calamito-

sos, aun conserva los rasgos principales de nuestro modo de ser como raza y nación; y *Cervantes*, que fué tipo acabado del españolismo de aquella época y representa todavía, por su talento y por sus desdichas, por su gran corazón y la negra ingratitud de que fuera objeto, el tipo del español de hoy día, no menos perseguido por la desgracia cuanto más digno de ser coronado con lauros inmarcesibles; cuando estos libro y autor, decimos, son *El Quijote* y *Cervantes*, ¿cómo no amarlos, cómo no identificarnos con éste en las hermosas páginas de aquél y en las mil peripecias por donde pasa el héroe de la obra? ¿Y cómo dejar pasar, sin detener nuestra atención y estudio, aquellas brillantes partes que más nos atañen y tocan, como á hombres dedicados á la noble misión de la enseñanza de la niñez, con tanto amor y vocación como los Maestros la profesamos?

Ensalcemos, pues, á *Cervantes*, *Príncipe de los ingenios españoles*, en el tercer centenario de la publicación de su obra inmortal y estudiemos en ella el sacerdote y el médico, los militares, los gobernantes, los vasallos, el que manda y el que sirve, y estudiemos y meditemos los Maestros, que no poco provecho podremos sacar de aquella síntesis admirable de la más variada ciencia, donde la pluma inmortal del más grande de nuestros literatos ha dejado rasgos luminosos de elevada Pedagogía, y, aprovechando el mismo artificio de la novela, deduzcamos, además del sentido recto que hay en las frases consagradas á la educación é instrucción, las relaciones que con ellas tienen muchas figuras del áureo libro.



COMENTARIOS

CAPÍTULO I

De la Educación en general.

I.—Necesidad de que el educador se proponga el debido fin.

No hay obra humana que carezca de fin y objeto al cual se encamina, y ésta, que es una necesidad de toda condición racional é inteligente, se manifiesta más clara cuanto más importante es la obra que se produce, más excelente el sujeto sobre que el objeto recae y más trascendental el fin á que se dirige.

Educación es llevar al individuo desde la nada ó poco más, en que se halla en los primeros años de su vida con respecto á su destino temporal y eterno, hasta la posesión del mayor perfeccionamiento que le sea posible alcanzar aquí.

La educación, pues, como obra encomendada á los padres y maestros, por la importancia que en sí y en sus efectos tiene, por las excelencias del niño que es generalmente el sujeto sobre que aquélla ha de recaer y por lo que significa para la felicidad presente y futura del educando, no puede carecer de una finalidad determinada y bien definida, sin la cual cada paso andado en la labor educativa expuesto es á los mayores desaciertos.

El educador, por consiguiente, que no se proponga el debido fin en su obra, no hará sino imitar al *Ingenioso Hidalgo de la Mancha*, cuando, al llegar éste al punto en que el camino que llevaba se dividía en otros cuatro, por copiar á los caballeros andantes, «soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocín la suya» (1); conducta á todas luces *irracional* que aplicada á nuestro objeto, convertiría la grande misión del maestro en ocupación baja y miserable redu-

(1) Parte I, c. IV.

ciendo el concepto elevado y noble de la ciencia y del arte de la Pedagogía á mero formulario casuístico de ningún valor preventivo ni, por tanto, de posible trascendencia en lo futuro.

II.—*Toda la educación debe subordinarse al fin principal.*

Pero «¿cual es más, pregunta Sancho (1) á su amo, resucitar á un muerto ó matar á un gigante?» Y habiendo respondido el caballero que *resucitar á un muerto es más*, viene el escudero á colegir que «*nos demos á ser santos*», á lo cual replica D. Quijote que «*son muchos los caminos por donde lleva Dios á los suyos al Cielo.*»

Así, pues; siendo lo más importante la perfección en la virtud, por la cual se adquiere la santidad que descansa en la posesión de Dios, todo otro objeto debe subordinarse á éste que es el más excelente y el único del que puede decirse que, una vez logrado, asegura la dicha perfecta, la absoluta felicidad del hombre.

Por todos los caminos de la educación que conducen al niño hacia su fin, debemos, por tanto, llevarle á Dios, de tal manera que el educando vea por sus propios ojos que en todos los órdenes somos y nos movemos dentro de la órbita que la Divina Providencia ha marcado á nuestras facultades; si, pues, educamos ó instruimos, siempre debemos someter el fin particular de cada caso que se ofrezca y de cada lección que se enseñe al fin principal sin el que todo lo demás no basta ni sirve para alcanzar «*la buena fama que pretendemos*» (2) y ha de abrirnos la mansión de la verdadera inmortalidad.

III.—*Educación integral.*

No se opone esto á que en la educación se atiendan todas las facultades y energías del ser humano, porque, habiendo de servir á Dios con todas ellas

(1) Parte II, c. VIII.

(2) Parte II, c. VIII.

para realizar debidamente el fin á que nos ha destinado el Creador y siendo de tal naturaleza el hombre que en sus actos se reflejan y muchas veces van combinados los diversos elementos que *integran* su personalidad, se comprende que *integral* haya de ser aquella educación. «*El trabajo y peso de las armas no se pueden llevar sin el gobierno de las tripas*» (1), como dice don Quijote, y «*tripas llevan pies, que no pies tripas*» (2), como añade Sancho; pues de tal modo ha constituido el Hacedor Supremo este admirable compuesto y tal es el equilibrio que ha establecido entre partes tan opuestas, como son el alma y el cuerpo humanos, que la preponderancia de lo espiritual sobre lo físico como la de éste sobre aquél, cuando se traspasan los límites de la prudencia, no se verifican ordinariamente sin que padezca la parte contraria. Dentro de su orden particular y en su esfera privada hay que atender á cada facultad y energía del educando, de forma que, por el cultivo adecuado y conveniente de cada parte, venga á producirse la armonía necesaria en la obra educativa, sin exclusivismos perjudiciales á su integridad.

IV.—*Importancia de la Educación.*

Por aquí se puede venir en conocimiento de la importante función que en todos los órdenes de la vida desempeña la educación, y esta evidencia se manifiesta más todavía cuando se considera que la buena educación, de que venimos hablando, es la que «*encamina á los niños desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad*» (3).

Mas, por si esto pareciera poco en elogio de la

(1) Parte I, c. II.

(2) Parte II, c. XVI.

(3) Parte II, c. XVI.

educación, aun podemos aducir otro razonamiento. La mayor parte de la felicidad relativa que en esta vida podemos disfrutar, aparte de la tranquilidad de conciencia (de que no es ocasión hablar ahora), proviene casi siempre del acierto con que hayamos procedido en la elección del estado y carrera ó empleo, ayudados por el concurso de los padres, nuestros primeros educadores.

De tal manera es esto así que casi todas las amarguras que encierra la vida para unos y otros y que llevan á muchos hombres á que no se hallen contentos con su suerte, provienen de haber errado el camino que tomaron para realizar su fin; más claro, la falta de aptitud profesional ha ocasionado siempre los más grandes sinsabores á quienes, por carecer de *vocación*, se hallan como atados de pies y manos á la máquina de un oficio ó estado que les son odiosos.

Y así no puede la sociedad progresar en su bienestar porque los grandes progresos de todos los órdenes sólo son capaces de ser realizados por quienes trabajan con entusiasmo, firmeza y fe en una empresa que los subyuga y donde se hallan por su libre, espontánea é ilustrada voluntad. Con la vocación todo obstáculo se achica y es vencido, y, si alguno parece ó es insuperable, la resignación sabe convertirlo en auxiliar del propio perfeccionamiento individual.

Pues de velar por descubrir la vocación peculiar de cada individuo tiene encargo la educación, la cual, siendo buena, no forzará al niño á seguir determinada senda de la vida, aunque procura ilustrarlo sobre la conveniencia de optar por determinado rumbo; por eso juiciosamente dice don Quijote, que «*en lo de forzarles (á los educandos) que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso*» (1), pues salvando así la natural independencia que la propia iniciativa en este punto exige, y le es debida, se ilustra el entendimiento para que

(1) Parte II, c. XVI.

la vocación sea algo más que un impulso ciego ó loco capricho.

V.—*Cuidados del educador.*

Es consiguiente, después de lo dicho, que, puesto que la vocación bien puede mirarse como el camino que Dios señala á cada uno para el fin de su creación, la mayor parte de la tarea que representa el cargo de educador, debe tener por objeto descubrir aquella á que el educando es llamado y para la cual ha concedido la Providencia á cada individuo esas dotes especiales que se llaman aptitudes naturales; en cuya importante labor, que tanto significa para dar en el fin sobrenatural á que debemos encaminarnos, habrán de ocupar el padre y el maestro sus cuidados más diligentes y su atención más reflexiva, pues á una observación no interrumpida del educador es únicamente á quien la naturaleza revela lo que suele estar muy oculto largos años en el fondo del alma, la vocación por medio de la cual Dios llama á sí á los individuos y á los pueblos.

Cuidados son éstos, por último, que sólo pueden esperarse de quien profese con verdadero amor la misión educadora, pues *si al dinero y al interés mira* (el maestro), *maravilla será que acierte*» (1), que sólo en el amor y entusiasmo de éste hacia la profesión que desempeña se halla el secreto de los progresos que en la escuela, en la familia y en la sociedad pueden realizarse por aquellos que son para mañana la esperanza de la Patria. El que por otro móvil se dedique á tan noble y delicada misión, sobre equivocarse lamentablemente en cuanto á sus particulares fines, causará más daños que bienes á la pública educación, pues, como dice Sancho (2), *«no hará sino harbar, harbar, como sastré en vispera de pascuas; y las obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfección que requieren.»*

(1) Parte II, c. IV.

(2) Parte II, c. IV.

CAPÍTULO II

Educación física.

Vengamos á considerar ahora cada una de las partes en que suele dividirse la educación, empezando por la *física*.

El aseo y la limpieza del cuerpo y de los vestidos deben ser objeto de particular atención por parte del maestro en cuanto alcance su acción sobre los niños á él encomendados, porque además de que las importantes funciones del organismo no pueden realizarse debidamente cuando la falta de aseo tiene obstruidos los poros del cuerpo ó entorpecido el juego de los miembros, por donde sobrevienen con frecuencia alteraciones de la salud, hay también que la limpieza personal estrecha ó distancia muchas veces, según sea, las relaciones que los hombres se guardan como miembros del cuerpo social; de lo cual se originan no pocas modificaciones en el modo de ser y de sentir de los individuos, que agrían ó causan expansionabilidad en su carácter, y los hace desordenados, huraños y díscolos ó personas de buen sentido, dóciles y benévolas. Bien aconsejaba, pues, don Quijote á Sancho, á punto de ir á encargarse éste del gobierno de la ínsula Barataria (1), que «*en lo que toca á cómo se ha de gobernar la persona, lo primero es ser limpio*»; y como la educación, en su aspecto más práctico, tenga por objeto dotar al niño de los elementos necesarios á que éste pueda *governarse* por sí mismo, de ahí que no tengamos por ocioso el consignar aquí el consejo del caballero manchego, como muy digno que estimamos es de ser tenido en cuenta por el educador.

Habituando éste á los niños al aseo y limpieza de su cuerpo y vestidos y despertando en ellos el res-

(1) Parte II, c. XLIII.

peto que deben profesar á sí mismos, y el que han de guardar á los demás, muchas costumbres que, no por impuestas por la moda dejan de ser muy indecentes, no prosperarán entre ellos, y, quebrantado el no muy legítimo poder de esa tirana y caprichosa *Princesa de los vanos y desocupados*, habremos contribuido á elevar el carácter de la generación futura.

Razón sobrada tiene don Quijote cuando fustiga tan duramente «á aquellos que se dejan crecer las uñas, á aquellos á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garra de cernicalo lagartijero» (1).

Cuanto más general es un defecto tanto más grave resulta, y las modas que atacan á la decencia, que es el aseo del cuerpo, ó á la honestidad, que constituye la limpieza del alma, esas no deben respetarse ni menos seguirse por las personas dignas. El educador, pues, que debe velar por uno y otro aseos, hará perfectamente cumpliendo lo que le aconseja el precepto del *Ingenioso Hidalgo de la Mancha*.

CAPÍTULO III

De la educación intelectual y la instrucción.

I.—*El criterio del niño.*

Al conjunto de cualidades que adornan el entendimiento humano, por las cuales la razón es señora de las pasiones, conoce el camino de la verdad, sabe hasta dónde alcanza su limitado poder y juzga con arreglo á los eternos principios de la verdad, el bien y la belleza; es á lo que aquí llamamos *criterio* que en

(1) Parte II, c. XLIII.

el niño debe constituir la aspiración, el ideal, de la educación intelectual.

Porque ¿qué puede haber en este punto más allá de despertar las energías intelectuales de la niñez, encaminarlas y dirigir las al conocimiento de Dios, de sí mismo y de la naturaleza, facilitarle y enseñarle los medios para la adquisición de la verdad y ofrecerle en Dios, que es la verdad por esencia, el objeto *esencial* de su entendimiento? ¿Y no es esto oficio de la educación intelectual? ¿Y no constituye esto el gobierno de la propia actividad espiritual en lo tocante á la más hermosa de nuestras prerrogativas, la racionalidad, por la que nos distinguimos de los seres inferiores de la creación?

Formar el criterio del educando para que pueda regirse por el dictado de su razón, pero de una razón ilustrada en el verdadero fin de todos los conocimientos y en los medios de su adquisición y de tal manera que, hallándose contrastada con la piedra de toque de una autoridad infalible, indiscutible, pueda someter á experiencias que le infundan la certeza y seguridad de los principios discutibles y falibles de la verdad científica y de la autoridad humana: ésta debe ser la obra educativa del maestro, y á lograrla, destruyendo de paso cuantos obstáculos pueden ofrecer la imaginación, los sentidos y las pasiones, debe aplicar sus energías.

Porque lo que degrada al hombre como ser inteligente es la ciega sumisión de su razón á la autoridad *falible* de otro hombre, y lo que le perfecciona y enaltece es su humillación ante quien no le puede engañar ni ha de engañarse y tiene en sí la razón de todas las cosas por lo mismo que es su Creador: *Dios en la inteligencia*, he aquí el objeto sublime de la educación intelectual; *la verdad de Dios*, ésta es la única que puede el hombre «*creer, confesar, afirmar, jurar y defender*» (1), sin temor á que le desmientan,

(1) Parte I, c. IV.

rebajándole en su dignidad, las conquistas de la ciencia, la cual, siendo verdadera ciencia, no puede ser enemiga de Dios que es la fuente de la sabiduría.

¿Y cómo levantará el educador el hermoso edificio de la educación intelectual? ¿Cuál habrá de ser la base, el fundamento de tan magnífica obra? *Cervantes* lo dice por boca de don Quijote, en aquellos sabios consejos que da éste á su escudero (1): «*Primeramente, ó hijo, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría; y siendo sabio no podrás errar en nada.*»

Primeramente, es decir, ocupando el *primer* lugar en nuestra *mente*, siendo el fundamento de nuestro plan de educación intelectual, constituyendo el cimiento de aquel gran edificio, de tal modo que, aunque éste sea azotado por los huracanes de la mentira y del sofisma, el fundamento permanezca siempre y no se conmueva en el fondo de nuestra alma; hemos de infundir en el niño el temor de Dios, el cual no es ese miedo pueril del ignorante hacia peligros más ó menos ciertos, ni el, *pueril* también, temor del sabio que se cree muy *fuerte* é ignora el más allá de la tumba que le estremece el alma, ni el temor cobarde del antiguo esclavo á la crueldad de su señor; no: el temor de Dios que debemos infundir en el niño como base de su educación intelectual, como fundamento de su criterio, es el temor que el hijo amante siente de ofender á su buen padre en sus justos mandatos, es el temor de agraviar á la Bondad Suma, es el temor, finalmente, que gradúa la distancia infinita que separa al hombre de Dios, cuyos extremos conoce y abarca quien tal distancia es capaz de apreciar.

Y porque, junto con estimar esta distancia infinita y comprender los términos *hombre* y *Dios* entre que se extiende infinitamente, viene el conocerse á sí mismo y poseer la razón de todas las cosas creadas en Dios Creador, se asegura con el mismo divino Verbo, que el temor reverencial de Dios, del que habla-

(1) Parte II, c. XLII.

mos, *es el principio de la sabiduría*, el cual quitado trae por consecuencia que la sabiduría humana, limitada tan sólo á los efectos de que Dios es causa, no ofrece nada estable al entendimiento, que comienza por ignorar el mismo principio fundamental de todo conocimiento humano, de toda verdad natural, la razón de ser de las cosas que nos rodean.

II.— *Valor de la autoridad humana en la educación intelectual del niño.*

Consecuencia es de lo expuesto, que el educador debe poner mucho cuidado en hacer comprender á los niños y convencerles de que no todo ni mucho menos de lo que hay escrito en letra de molde es verdad, y que, en orden á la veracidad de las personas que escriben libros ó periódicos, sobre que la ignorancia puede inducir fácilmente á error á muchas de éstas, cabe que las preocupaciones políticas ó sectarias, las pasiones que unas y otras engendran ó intereses bastardos que entre los hombres suelen hallarse frecuentemente, desfiguren la verdad de los hechos, los falseen del todo y aun den lugar á las más viles calumnias; en una palabra, conviene y es deber del educador dar al educando los medios de descubrir el reducido valor que en la esfera de las ideas tienen los escritos de los enemigos de aquello que se combate, para formar así el criterio que ha de presidir al juicio que ha de merecernos lo que aquéllos hablen ó escriban.

No es, por tanto, la imprenta ni es tampoco la litografía, no es el arte ni la belleza relativa lo que avalora un escrito, un periódico ó un libro; y creerlo así es exponerse á errar, como erró un entendimiento tan claro como el de don Quijote, cuando tenía por cierto cuanto había leído en las historias caballerescas, sólo porque, como él decía, *«dichos libros están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos á quienes se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de*

los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean»; por lo cual «no pueden ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día» (1).

Y este criterio, erróneo y perjudicial en extremo grado, es el que hay que evitar en la educación intelectual de la niñez, si hemos de restar elementos á esas masas perturbadoras del orden social, cuyo mal más grave lo adquieren por virtud de esa autoridad para ellas indiscutible, *divina*, de la prensa periódica que sirve á intereses bastardos.

III.—*La imaginación.*

Siendo el criterio un medio de conocer la verdad, constituyendo ésta el objeto del entendimiento y consistiendo, finalmente, la educación intelectual en formar aquél para que el niño, llegado que sea á la edad competente, pueda descubrir lo que hay de verdadero ó falso en las cosas, se sigue que ha de ser motivo poderoso para llamar la atención del educador, el desarrollo de las facultades intelectuales del educando, de modo que la razón y el juicio puedan imponerse á la imaginación y las pasiones, que son sus más próximos é incansables enemigos.

Y no es que la imaginación ni las pasiones sean en sí malas, pues en unión con las demás energías nos han sido concedidas por la Suma Bondad para nuestro perfeccionamiento; sino que son, estas energías, peligrosas, por la frecuencia con que se exaltan y desbordan, queriendo ocupar el sitio que á la razón y al juicio les corresponde como soberanos en el orden intelectual.

¿Qué fué, pues, lo que desequilibró el buen juicio

(1) Parte I, c. XLIX.

del Hidalgo Manchego sino el extraordinario vuelo que tomó su imaginación, impulsada por las lecturas fantásticas de los libros de caballerías, que él juzgó de sucesos realmente acaecidos? *Llenósele*, dice Cide Hamete Ben Engeli (1), «*la fantasía (á don Quijote) de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentos y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.*»

Pero esto que sucedió á D. Quijote es lo que ha sucedido, sucede y sucederá siempre á quien deje volar su imaginación por los dilatados mundos donde ella suplanta á menudo los derechos de la razón, y de tan grave mal, precursor de aberraciones y excesos más ó menos graves, participan todos aquellos que *juzgan con la imaginación* sobre hechos que fueron inventados por plumas que ó se proponen únicamente deleitar ó tienen por objeto viles oficios. Y hoy abunda la mentira en lo que se escribe, y hoy la calumnia y el escándalo ocupan buenas columnas en la prensa periódica, y hay muchedumbres que con tales *alimentos* nutren su inteligencia y que creyendo cuanto allí se dice con más firmeza que al Evangelio y las Escrituras é inflamándose sus pasiones á tenor del *fuego* que encierra la gacetilla, se convierten á menudo en instrumentos ciegos de la maldad ajena, que así los dirige y arroja hacia el crimen, del cual los infames azuzadores se lavan luego las manos con diabólica fruición.

¿Será, pues, necesario encarecer la insistencia con que el maestro ha de procurar apartar de las manos del niño y hacerle aborrecibles esas lecturas perniciosísimas que en forma de cuentos ó novelas ó artículos periodísticos suelen inundar de cieno y encender en impuros deseos el corazón de tantas gentes? Por per-

(1) Parte I, c. I.

judicial para la salud espiritual y también física, por gravemente perjudicial para la educación y el orden social, debemos los educadores ser enemigos acérrimos de cuantas lecturas puedan extraviar el juicio de nuestros educandos y fomentar excesos de su imaginación y de sus pasiones. «*Encomendados sean á satanás y á barrabás, diremos aquí con el ama de don Quijote (1), tales libros.*»

IV.—*La instrucción.*

Mas no por el peligro que la imaginación tiene de extraviarse, se le ha de dejar inculta y abandonada en la obra educativa, pues siendo así que esta facultad es auxiliar muchas veces del entendimiento, sobre todo cuando de bellas artes se trata, donde interviene poderosa y eficazmente, conviene y es necesario adornarla de aquellas condiciones que sirvan al objeto de ayudar con ella á la inteligencia.

Para conseguirlo, es de mucho valor la buena instrucción, aquella que constituye el medio más adecuado de la educación intelectual y que fecunda el campo maravilloso de las facultades de este orden con preciosa semilla; que alumbra claramente los caminos por donde el entendimiento alcanza ó puede alcanzar la verdad de las cosas, que enseña á descubrir, para guardarnos de caer en el abismo, las escabrosidades con que podemos tropezar, que aviva el entusiasmo por el descubrimiento de la verdad y despierta en el niño la conciencia de las propias fuerzas que ha de aprovecharle para el gobierno de sí mismo (2).

Mas, puesto que no hay como la enseñanza de la historia para dar abundante pasto á la imaginación, para favorecer sus energías sin perjudicarla, tómesese el consejo del Canónigo (3), quien dice textualmente:

(1) Parte I, c. V.

(2) Puede verse á Balmes, «*El Criterio*», c. XVII, § I.

(3) Parte I, c. XLIX.

«Y si todavía llevado de su natural inclinación, quisiere leer libros de hazañas y caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garcí Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un don Manuel de León, Sevilla; cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, deleitar y admirar á los más altos ingenios que los leyeren. Esta sí será lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor don Quijote mío, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha.»

Esta lectura de los grandes hechos de nuestra historia y de la Sagrada, acallando la curiosidad infantil, desarrollando su imaginación convenientemente, ejercitando su atención y reflexión, activando su memoria y despertando el juicio y la razón, es la que debe sustituir á esas paparruchas inmorales que en forma de cuentos ó novelas lo invaden todo; de aquélla saldrá el niño instruído en las grandezas y desgracias de la Patria, enamorado y amante de las buenas acciones y acaso dispuesto á repetirlas, educado en sus facultades intelectuales y en su voluntad; todo lo cual contribuye á la realización de su fin educativo, ó sea, á su perfeccionamiento, para honra de Dios y para su propia felicidad y en servicio de su patria.

CAPÍTULO IV

Educación moral.I.—*Objeto de la educación de la voluntad.*

Si no influyeran los objetos que nos rodean más que sobre nuestros sentidos y facultades intelectuales sin afectar á nuestra voluntad, y si nuestras mismas inclinaciones y pasiones y los propios apetitos no nos determinaran muchas veces á obrar contra los dictados de la razón y de la conciencia, ninguna educación exigiera aquella facultad donde se fraguan todas nuestras acciones; pero es condición de nuestra degradada naturaleza que los objetos exteriores influyan sobre nuestro querer, ya por medio de los sentidos, ya por conducto de la imaginación y el entendimiento, ya, en fin, estimulando aquellas fuerzas interiores cuyo ejercicio no siempre se contiene en sus justos límites, y entonces la voluntad flaquea, es á veces derrotada, cae frecuentemente desfallecida ó á menudo también se deja vencer hacia lo malo, tomando por consiguiente el opuesto camino al que había de conducirle á su fin y objeto, que es la Suma Bondad, Dios mismo, á quien hemos de buscar en el término de todas nuestras acciones.

La importancia de la educación moral es, por evidente modo, grandísima, puesto que la voluntad, siendo facultad racional, viene á constituir al individuo en sujeto responsable ante Dios, ante la sociedad y la propia conciencia del modo cómo prepara aquí, en la vida presente, el destino futuro para que ha sido creado; porque todo hombre, de quien no se puede decir que sea hijo de su ciencia ni de su talento ni de su posición ni estado, es en rigor de verdad «*hijo de*

sus obras», como dice don Quijote (1), y en tanto podrá apellidarse honrado, virtuoso y noble en cuanto que las obras de que él es hijo sean obras de virtud, nobleza y honradez, y en tanto se llamará propiamente vicioso é indigno en cuanto que así sean sus acciones.

Si, pues, el hombre por éstas se perfecciona ó degrada, claramente se deduce que la educación moral ha de tener por objeto el cultivo y dirección de la voluntad del educando para hacerle digno y virtuoso y dotarle de un temple tal de carácter que, en todas las ocasiones y circunstancias de la vida, sepa conservar su dignidad y practicar la virtud.

II.—La vida del hogar doméstico favorece la educación moral.

Al perfeccionamiento de la educación moral contribuye generalmente con eficacia la vida de la familia, en la cual, si es cristiana, se contiene un tesoro inmenso de virtudes que influyen en la conducta del individuo, armándole con armas bien templadas para la terrible batalla que la sociedad suele oponer todos los días á los que quieren seguir el camino de la virtud. Por eso dice muy bien la sobrina de don Quijote, cuando pondera las excelencias de la vida del hogar doméstico: «¿no será mejor estarse pacífico en casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo?» (2).

Porque esa paz de que habla la sobrina del Hidalgo Manchego es el equilibrio moral que guardan en el hombre su conciencia y su deber, la razón y los apetitos, las pasiones y virtudes, contenido todo en sus justos límites y sin que turbe tan venturosa paz ni las ambiciones ni las envidias, los crímenes ni las concupiscencias ni esas desenfrenadas pasiones que suelen agitarse en la vida del mundo, donde la virtud y el deber naufragan fácilmente. Paz inestimable es ésta, engendradora de buenas acciones y honestas costumbres y fomentadora de las más sublimes ideas,

(1) Parte I, c. IV.

(2) Parte I, c. VII.

á cuya sombra protectora se realizan esas hermosas obras en que admiramos la inspiración pura de los artistas espiritualmente cristianos.

III.—*La conciencia.*

Mas como el hombre sea compelido por diversos modos á obrar el mal y no pueda tampoco desentenderse en absoluto de la vida social, donde tan expuesto se halla, preciso es que el educador cristiano ponga especial empeño en acostumbrar al niño á que reflexione sobre la bondad ó malicia de sus acciones, ó sea, en dotar al educando de aquellas cualidades que puedan contribuir á la mayor fidelidad de su conciencia, la cual debe ser tal que refleje con la mayor exactitud y claridad el estado de su alma, sin que pueda alterar la verdad de los hechos ni para añadirles ninguna condición que no tengan ni para quitarles de las que tengan.

Siendo, pues, la conciencia espejo de las acciones, ella será el primer acusador y juez de las mismas, y no podrá menos de mejorarse en su conducta quien tan claro espejo de ella tiene presente, sin necesidad de que nadie las haya presenciado, porque «*bastará para afligirse y deshacerse el que lo sepa uno mismo*» (1) porque la voz de la conciencia es aquella que acusa «*callando en mitad de las alegrías* (2), *volviendo por la verdad y turbando los gustos y contentos*», siendo imposible dejar de oirla en medio del tumulto del mundo y de las carcajadas del placer como en la obscuridad y silencio de un claustro y entre quejidos de dolor.

IV.—*Excelencias de la virtud.*

Todo lo cual quiere decir que, sin el fundamento de la virtud, no puede darse verdadera educación moral y que á lograr que la voluntad del niño se fa-

(1) Parte I, c. XXXIII.

(2) Parte I, c. XXXVI.

miliarice con aquélla es á lo que debe aspirar quien educa.

«Cuando la virtud está arraigada en el alma, dice Balmes (1), las reglas morales llegan á ser una idea familiar, que acompaña todos sus pensamientos y acciones, que se aviva y se agita al menor peligro, que impera y apremia antes de obrar, que remuerde incesantemente si se le ha desatendido.»

De aquí que el valor de la virtud es inmenso, que «*vale más la virtud ó el buen nombre que las muchas riquezas*» (2), pues con todos los tesoros de Creso no se podría adquirir la buena fama ni un adarme de nobleza, ya que «la verdadera nobleza consiste en la virtud» (3), la cual no consiente la ejecución de acciones viles ó bajas como son muchas de las que á la sombra de las riquezas se desarrollan; razón porqué hemos de procurar que nuestros educandos sientan profunda estimación hacia la virtud, en todos sus aspectos, tal que la hagamos superiormente amable sobre todo género de dignidades y oficios los más excelentes, frase hermosamente dicha por don Quijote á Sancho con aquellas palabras que deben servirnos de regla de conducta en nuestra labor educativa: «*Si tomas por medio la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que tienen por ascendientes y parientes á príncipes y señores*» (4).

CAPÍTULO V

Educación social.

Un libro tan hermoso como «*El Quijote*», escrito para una sociedad que era el extremo de la cortesía en una época en que la urbanidad en el trato hallaba

(1) «El Criterio», c. XXII, §. XLV.

(2) Parte II, c. XXXIII.

(3) Parte I, c. XXXVI.

(4) Parte II, c. XLII.—Véase la nota del Sr. Pellicer, «*Señores*».

albergue lo mismo bajo artesonados techos que en rústicas cabañas, no podía carecer de bellas frases que dicen estrecha relación con la educación social, la que, más que en las palabras todavía, resplandece en las costumbres y retratada se halla en todas y cada una de las páginas de «*El Ingenioso Hidalgo*», donde maravillosamente se refleja el estado social de la época de *Cervantes*.

Pues bien, si quiere el educador inspirarse en una urbanidad culta, delicada é ingeniosa, que le sirva como de norma para la que ha de enseñar á sus discípulos, acuda allí, que el protagonista de la novela, puesto que él mismo lo dice, no tiene otra misión que desfacér agravios y sinrazones, defender á las damas, socorrer á los menesterosos y ser urbano, liberal y comedido con todo el mundo, pues, en fin, él es «*archivo de la cortesía*».

Allí se verá que «*bien parece la mesura en las hermosas*» (1) y aun en todo el mundo, pues la mesura ó modestia ó compostura en los modales bien da á conocer el interior respeto que se profesa á los demás, cualidad que, amén de ser señal del buen juicio y esmerada educación de quien la posee, atrae hacia éste la consideración de las personas con quienes trata. Por eso dice don Quijote (2) que «*es además mucha sandez la risa que de leve causa procede*», la cual agravia y enoja á aquel de quien se hace.

Y estos comedimiento y mesura han de ser mayores cuando las personas con quienes se trata, bien por su autoridad ó por su dignidad, nos son superiores, pues entonces, á la consideración debida á los demás, ha de añadirse el respeto que merece quien por aquellas razones ocupa en la sociedad posición distinguida; hizo, pues, perfectamente aquel *espejo de la caballería andante*, cuando, yendo á caballo sobre Rocinante y conociendo en uno de aquéllos, que le

(1) Parte I, c. II.

(2) Parte I, c. XXIX.

esperabân á la orilla del camino al dirigirse con la princesa Micomicona á la venta, al cura de su lugar, quien estaba á pie, le decía: «*déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razón que yo esté á caballo y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pie*» (1).

Instrucciones de buena crianza son éstas que, siendo siempre muy necesarias para la educación social, no puede negarse que lo sean hoy con mayor apremio, puesto que es público y notorio lo que frecuentemente sucede, esto es, que abundan muchísimo, no sólo entre la clase humilde, pero también entre la media, y aun en la aristocracia más de lo que debiera ser, los hombres mal educados socialmente, inurbanos, descorteses y aun algo más, que, no ya á las personas eclesiásticas que por su estado social y otras razones de esta índole, cuando menos son acreedoras al respeto de los demás aunque sean de los que no profesan la doctrina católica, «*que lo cortés no quita á lo valiente*», pero siquiera á las autoridades ni aun á las señoras ni á los niños, que por diversos motivos debieran ser mirados como personas sagradas, se les guardan aquellas elementales consideraciones, ni en palabras, obras ni modales, que puedan evitar el dictado de groserías que de justicia les corresponde.

Esta incultura, pues, que constituye actualmente un estado general de la sociedad, ha de ser combatida con empeño por el educador en la familia, en la escuela, en la calle, en el templo y en el paseo, en todas partes donde por desgracia se ofrezca ocasión, pero sobre todo por el maestro en sus discípulos á quienes ha de enseñar teórica y prácticamente cómo deben tratar á sus semejantes de toda clase y categoría, aunque no sean éstos personas conocidas, pues su dignidad como semejantes nuestros ya basta para ello, pudiendo sernos además ocultas otras dignidades ó motivos que nos obligan á mayor consideración.

(1) Parte I, c. XXIX.

Así se evita el que nadie tenga que responder como don Quijote al cuadrillero que no lo conocía, cuando éste le preguntó: «¿pues cómo va, buen hombre?—Hablará yo más bien criado, replicó el caballero, si fuera que vos; ¿úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero?» (1).

La falta de educación social ocasiona el enojo y da lugar á la ira ajenos, como sucedió á Sancho en quien descargó la de su amo cuando éste se corrió por la excesiva burla que aquél le hiciera con motivo de la aventura de los batanes (2), lo cual enseña que las burlas, aun cuando parezcan más justificadas, no deben usarse contra nadie y menos contra personas de calidad ó distinción ó superioridad con respecto á los otros.

Mas en todo esto, diremos siguiendo á *El Quijote*, el maestro ha de poder ofrecerse como modelo de buena educación social á sus educandos, pues al encarecerles la urbanidad y cortesía en el trato con los demás, pudiendo acaecer que los modelos que haya en el hogar doméstico de algún educando no lo sean de corrección para estos casos, procurarán aquéllos imitar al que se les ofrece en la escuela, de igual modo que «cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los demás oficios ó ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas» (3).

Terminaremos este capítulo diciendo como último comentario que, aunque la urbanidad no siempre es reflejo de las virtudes del alma, se le parece bastante en todas las ocasiones, y es, por tanto, de mucha necesidad y conveniencia para la vida social.

(1) Parte I, c. XVII.

(2) Parte I, c. XX.

(3) Parte I, c. XXV.

CAPÍTULO VI

Educación religiosa.

De que Cervantes era religioso sincero y convencido católico, no puede dudar quien atentamente lea *El Quijote* en donde no se advierte que uno siquiera de los muchos personajes que figuran, y eso que los hay de toda clase y condición, muestre desprecio á las enseñanzas de la Iglesia católica ni desvío hacia las prácticas de la Religión; en *El Quijote* encontramos, por tanto, más que frases que comentar sobre la educación religiosa, un ambiente tal de religiosidad que ha de admirarnos si estudiamos con reflexión aquel precioso libro.

El testamento que hace el Hidalgo Manchego á punto de morir es un cuadro hermosísimo, bellísimo, que respira hondos sentimientos cristianos en todas sus partes, pregonando las infinitas misericordias del divino Juez y pintando la sinceridad de un arrepentimiento profundo y de un deseo vivísimo de ponerse en paz con Dios, descubriendo la heroica honradez de un alma que restituye cuanto debe sin vacilaciones ni esfuerzos, que se humilla hasta pedir perdón á los más humildes, que recibe, en fin, los consuelos de la Religión con anhelos propios de un alma justa.

Mas viniendo á nuestro objeto, podemos tomar la palabra á don Quijote para decir que «*todos somos ministros de Dios en la tierra*», consideración que es de la mayor importancia para la educación religiosa, puesto que *ministro* se ha de entender que es llamado quien *sirve* á otro, y, en este sentido, pues que hemos sido puestos por Dios en este mundo para amarle y *servirle* y sólo sirviendo á Dios con amor es como hemos de gozar la felicidad eterna, todos debemos considerarnos, en el estado y condición en que nos hallemos, como *ministros, servidores*, de aquel Señor que nos hizo para el Cielo.

Este es, pues, el fundamento de la educación religiosa, conocer qué somos, para qué hemos venido al mundo, cómo hemos de desempeñar nuestro ministerio y á quién servimos; lo cual, á la vez, contiene altísimas enseñanzas que exigen lugar adecuado en la instrucción escolar, si ésta ha de corresponder á la integridad de la educación.

De aquí que el amor de Dios debe ser infundido en el corazón del educando de tal modo que el educador le haga ocupar sitio preferente en los afectos del alma, pues sólo cuando éstos se fundan en aquel amor es cuando son legítimos y raíces de todas las virtudes. Razón tenía, pues, Vivaldo para responder á aquellos caballeros que *«se encomiendan á sus damas con tanta gana y devoción, como si ellas fueran su Dios; cosa, dice, que me parece que huele algo á gentilidad»* (1).

Dios debe ser para la educación é instrucción el *alfa y omega*, como objeto que es de la inteligencia, de la voluntad y de la sensibilidad, puesto que El es la Verdad, el Bien y la Belleza absoluta, y su temor el principio de la sabiduría.

Según aquéello, debe el educador acostumbrar á los niños á que se encomienden á Dios de todo corazón al empezar y terminar los ejercicios escolares, recomendándose para todos los actos de su vida cuando hayan de emprender alguna obra, y procurando, en cuanto de sí dependa, la práctica de la Religión, que es el primero entre todos los deberes del hombre.

A conocer y amar á Dios por parte de los niños, ha de contribuir el ofrecérselo como Padre de todos los hombres, *«que es proveedor de todas las cosas»* (2) y no desampara jamás á quien amorosamente le sirve, *«pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua: y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y los malos y llueve sobre los injustos y los justos»* (3).

(1) Parte I, c. XIII.

(2) Parte I, c. XVIII.

(3) Parte I, c. XVIII.

Téngase, pues, en cuenta que sólo será digna del hombre la educación, cuando ella sea capaz de hacer que el hombre sea digno de Dios, y si á esto no ha de aspirar aquélla, ni tiene entonces razón de ser, ni motivo que la encamine, ni fin á donde dirigirse. La educación religiosa debe ser, finalmente, respecto de toda la educación lo que, como arriba dijimos, es la Religión con respecto al libro que hemos comentado, el ambiente que rodee al educando y en medio del cual se desarrollen las energías y facultades que Dios le concediera al crearle.

CAPÍTULO VII

Epílogo y conclusión.

Como el atrevido explorador que, al salir de un paso peligroso donde la fortuna tuvo que hacer más que su ciencia, siéntase jadeante cerca del precipicio que ha salvado, contemplamos nosotros realizada la tarea que nos impusimos, sobre difícil, temeraria, por la escasez de nuestras fuerzas. ¡Ahí es nada *comentar* lo que ha escrito la pluma más brillante de todas las literaturas, comentar el pensamiento del que, siendo *Príncipe de los Ingenios españoles*, es *Rey* á quien rinden vasallaje los ingenios de todo el mundo civilizado!

Porque, además de lo que esto de por sí ya significa, no es para despreciar la consideración de que, hallándose esparcidas por toda la obra las frases que dicen relación más ó menos directa con la educación é instrucción, y puestas acá y allá sin guardar entre sí orden alguno, como que Cervantes no se propuso en ningún modo escribir un tratado de educación infantil, ha habido que entresacarlas primeramente, calificarlas, distribuirlas y acomodarlas á un plan artístico que diera amemidad á la composición y ofreciera un todo armónico por la ilación de las partes y la forma de que se hallara revestido.

No es á nosotros mismos á quienes toca juzgar de la felicidad ó desgracia con que hayamos realizado lo que en el tema se pide; asáltanos, sí, el temor de haber sucumbido á la tentación, sin que nos detuviera la reverencia profundísima que el inmortal escritor, á quien festejamos, nos merece, pero algo acalla nuestros escrúpulos la seguridad que tenemos de haber puesto nuestras escasas dotes, por completo, al servicio de una obra tan superior donde una vez más se ha recreado nuestro ánimo con las bellezas prodigiosas que allí se encierran.

El Quijote es una obra eminentemente educativa, donde se contiene profunda ciencia pedagógica, pero esa cualidad es más bien de efectos seguros para la escuela de los hombres que para la sociedad de los niños; no obstante, si para éstos no abunda allí la doctrina que les es conveniente á su educación, de un modo que pudiéramos llamar directo, la hay en abundancia para los maestros, los cuales en aquella obra pueden estudiar con fruto y en la seguridad de que ha de servirles aquella pedagogía para la misión educadora que profesan.

De un modo ó de otro, en estos días, que es unánime la gratitud de la sociedad culta hacia el genio providencial de *Cervantes*, obligada viene también la niñez á tributarle sus homenajes de gracias y alabanzas, que no ha de ser la Escuela de Primera Enseñanza el único organismo que no concorra á ese universal concierto, ni hemos de consentir que las generaciones que para el mañana estamos preparando ignoren cuanto hoy saben y desprecien lo que hoy aman las generaciones que para sí han saboreado ya las páginas de aquel admirable libro.

Honremos la memoria del gran Cervantes, que así enaltecemos la honra de la Patria.

Celebremos la civilización de «El Quijote», que de este modo honramos la actual civilización.



ÍNDICE

	<u>Página</u>
DEDICATORIA.	5
Al público.	7
Introducción.. . . .	11
COMENTARIOS.	15
Capítulo I	
De la educación en general.	15
I.—Necesidad de que el educador se proponga el debido fin.	15
II.—Toda la educación debe subordinarse al fin principal.	16
III.—Educación integral.	16
IV.—Importancia de la educación.	17
V.—Cuidados del educador.	19
Capítulo II	
Educación física.	20
Capítulo III	
De la educación intelectual y la instrucción.. . . .	21
I.—El criterio del niño.. . . .	21
II.—Valor de la autoridad humana en la educación intelectual del niño.	24
III.—La imaginación.	25
IV.—La instrucción.. . . .	27
Capítulo IV	
Educación moral.	29
I.—Objeto de la educación de la voluntad.	29
II.—La vida del hogar doméstico favorece la educación moral.. . . .	30
III.—La conciencia.	31
IV.—Excelencias de la virtud.	31
Capítulo V	
Educación social.	32
Capítulo VI	
Educación religiosa.. . . .	36
Capítulo VII	
Epílogo y conclusión.	38

